



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.040

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

LUNES 22 DE ABRIL DE 1895

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

PARA HUERTAS Y JARDINES. PUERTAS DE MURCIA, PLAZA DE CASTELLINI.

Azadones comunes, azadones estrechos para viñas, legones, palas, picos de hacha, picazas, plantados, azadillas para jardín y azadillas sacadores de plantas, rastrillos de dientes, horquillas, tijeras para podar, guantes metálicos de malla, fuelles azufradores para viñas, arados, vertederas, grifos y válvulas, tapones para balsas, desgranadoras de maíz, bombas económicas y bombitas para jardín, juegos de herramientas de jardín para señoras y niños, espino artificial para vallas, bancos rústicos fijos, sillas y bancos plegadizos y mesitas para jardín.

Todo el herramental es de acero y los precios son extremadamente económicos.

LA CONCIENCIA!

(Colaboración inédita).

Es de noche; en cámara lujosamente amueblada en cuyos centros se ostenta magnífico lecho de ébano con ricas coladuras de seda, yace más bien que duerme un venerable anciano, en cuyo semblante, que conserva huellas de varonil hermosura, se ven retratados la angustia y el sufrimiento.

—Una lámpara de alabastro que esparce su luz velada y suave, un fuerte y penetrante olor a éter, y por último, la apacible y respetable silueta de una hermanita de San Vicente de Paul, sentada en un extremo de la habitación leyendo en su libro de oraciones, hacen comprender a primera vista, que aquella es la habitación de un enfermo.

—De vez en cuando suspende la religiosa su lectura, se levanta y acerca cuidadosamente al enfermo, arreglando sus ropas y expiando hasta sus menores movimientos, volviéndose después a sentar sin demostrar cansancio ni hastío.

—¡Oh sublimes heroínas de la caridad!

—Poco a poco empieza a agitarse el paciente.

—¡Ah!—exclama la hermanita, parece que vuelve el acceso.

—¡Qué horribles pesadillas!

—¡Aparta! ¡Aparta!—grita el enfermo con la voz entrecortada. ¡Aparta! ¡Que importuna, que horrible visión...! ¡Por qué me persigues, por qué cual antes no te presentas a mi vista alegre y placentera...! Yo me acuerdo. ¡Te ví la vez primera blanca, vaporosa... en tus hermosos ojos brillaban dos lágrimas de alegría. ¡Cuán feliz me hacías! te veía en sueños plácida y amorosa... después!... después!... Cuanto me atormentas. ¡Vete! ¿Te acuerdas?... Aquel hombre se ahogaba; yo era joven robusto, me despojé de mi traje, y me arrojé al agua. ¡Cómo luché! Casi ya sin alientos, una ola nos arrojó a la orilla... era yo su salvador... Qué hermosa estabas! Qué luciente aureola orlaba tu frente! Pero ahora ¡horror! Tu vista me estremecel... ¡eres la misma!

—Hermano,—dijo la caritativa hija de San Vicente de Paul— vuel-

va en sí: está cubierto de sudor; tome esta poción calmante.

Y limpiando con tierna solicitud la frente del anciano le dió una cucharada de un líquido viscoso que en un vaso había.

—Gracias, qué bien me haceis hermana; cuán dulce y tranquilo es vuestro acento ¡cuánto os envidio! En vuestros ojos se descubre un alma sin mancha. ¡Quién pudiera tener fondo tan hermoso!

—Yo señor, vivo tranquila, sirvo á Dios, y amo á mis enfermos, sin tener odio ni rencor á nadie en el mundo.

—¡Cómo!—dijo. ¿No odiais á nadie?

—No,—respondió la religiosa con sublime acento.

—Qué feliz sois; según eso vuestra vida ha sido siempre tranquila... ¿Nadie os ofendió?

Un relámpago brilló en los ojos de la hermana.

—¡Ah, señor,—dijo con dolorosa entonación—la historia de mi vida es triste, terrible, borrascosa; he sido combatida por todo género de pasiones, de desgracias, de horribles desventuras;... pero de esto no me es dado hablar: Sor Magdalena nació para la caridad, la religión y el olvido, cuando murió para el mundo.

—Seguid, seguid dijo el enfermo con marcadas muestras de interés. Qué voz la vuestra; parece evocar recuerdos del pasado.

—No puedo, señor, mis secretos deben morir conmigo.

—¡Ah, bien comprendo que habeis sido más desgraciada; pero...

—No turbeis por el amor de Dios mis adormecidos recuerdos.

—¡Luego también os han ofendido! ¿Qué castigo disteis á vuestros adversarios.

—¡Perdonarlos, hermano!

—Es imposible? ¡Dejadme!—exclamó el anciano bruscamente. Y arrebujándose con las ropas de la cama y dando evidentes pruebas de mal humor, se volvió hacia la pared, mientras que la hermana tal vez agobiada por sus recuerdos é impresionada por aquel singular enfermo, cala de rodillas murmurando una oración.

El día comenzaba á esparcir sus alegres resplandores, y penetraba ya su claridad por entre los espesos cortinones de las ventanas; el enfermo dormía y la religiosa seguía abismada en sus meditaciones. Sonaron dos golpecitos discretos en la puerta de la habitación: Era el doctor.

—Cómo ha pasado la noche?—preguntó en voz baja el recién llegado obedeciendo á una indicación que le hizo la hermana.

—Mal, muy mal, en agitación continua y con esas horribles pesadillas.

—¡Extraña enfermedad la de este señor!—murmuró el doctor.—Aquí debe haber alguna causa moral que le mantiene en este estado de excitación, haciendo ineficaces los más poderosos calmantes y desesperando á la ciencia.

El doctor se aproximó al lecho del enfermo, examinándole detenidamente.

—No me atrevo á despertarle,—dijo á la hermana.—Este sueño es el mejor medicamento que puede administrársele. Voy á recetarle otro antiespasmódico que le dará usted á cucharadas, de media en media hora, si le vuelve la crisis.

—¿Qué desenlace cree usted, señor doctor, que puede tener enfermedad tan extraña?

—A no haber alguna causa que determine una reacción, completa y violenta, digámolo así, desconfo por completo de su curación. Una alegría, una sorpresa, un fuerte disgusto que produzca á él gran emoción, solo podrán, tal vez, equilibrar ese sistema nervioso que amenaza destruir todo el organismo, pero este medio es muy peligroso porque así como puede salvarle puede acelerar la catástrofe que previene.

—¡Cúmplase la voluntad divina!—murmuró para sí la religiosa con unción, al propio tiempo que en sus labios se dibujó una mueca de alegría.

Salió el doctor y la hermanita volvió á su acostumbrado asiento y trató de abstraerse en la santa lectura de su librito; pero en vano; su estado febril se lo impedía.

El enfermo se fue agitando poco á poco en su lecho, diciendo palabras incoherentes.

—Ya vuelves? ¿Porqué vienes?... ¿Quién te llama?... ¿A qué á todas horas me repites lo que ya sé?... ¿Qué?... ¿Qué?... ¿Negué mi perdón?... Si me ofendieron, justo es mi resentimiento... ¿Que con mi rencor causé males sin fin? ¿Que yo también necesito que Dios me perdone?...

¡Aparta, aparta fatídica sombra!

¿Porqué constantemente me recuerdas todos los hechos de mi vida, descubriendo hasta los más ocultos é ignorados?... ¿Quién eres tú tan hermosa antes, tan horrible ahora, dotada del triste privilegio de acibarar y hacer corta mi existencia!

Con paso tardo y cauteloso había ido acercándose la religiosa, hasta que al llegar á oír las anteriores interrogantes, dijo con dulce y sentido acento inclinándose hacia el anciano:

—¡La conciencia!

—¡La conciencia!—repitió el enfermo abriendo los ojos, entre admirado y quejoso, volviendo en sí. —¡Pues qué! ¿no fui siempre un caballero? ¿En el mundo, no estuve reputado por un hombre de honor? Fui joven... me divertí... que corrí tras la mujer, que tuve mil amores de los que ya no me acuerdo, qué hice más?... Me confesé y de ello ya me absolvieron.

—¡Qué bien sabe el hombre amoldar á sus gustos las leyes, los usos, las costumbres, y hasta la religión!—dijo la abadesa, cuya religión iba en aumento—pero lo que no sabe, y de lo que nunca podrá sustraerse, es del grito de la conciencia. Usted cree perdonadas sus muchas culpas, y, sin embargo, no perdona á su hijo!

—¡Mi hijo me deshonró!

—¿No imploró su perdón?

—Si pero sus faltas son muchas, ¿Quién es V. que así conoce las penas que agitan mi corazón?

—Ya lo diré, pero antes diga que perdona.

—¡Eso nunca!

—¡Perdone, para que lo perdone!

—¿Y qué falta me hace á mí que me perdonen?

—La religiosa que luchaba entre su deber, la mansedumbre que sus hábitos le imponían; su pasado, que se le representaba desgarrador y la indignación que sentía al ver la obcecación del anciano, del que conocía la historia de errores é intransigencias, sin poderse contener digo.

—Pues que lo quieres, ¡sea!

Y descorriendo las cortinas de la ventana, separó las tocas de su frente, poniéndose en un sitio en que el sol diera de lleno en su rostro.

—Tan cambiada me han puesto la vergüenza y el dolor que no conoces ya á Carmen, objeto primero de tus deseos, despues de tu hastío, luego de tu abandono—dijo con doloroso acento.

—¡Si—prosiguió cogiéndole ambas manos—tu sabes todo eso; pero ignoras que mi madre murió de pena, que yo quedé sumida en la miseria y la desesperación, ingresando despues en la religión de San Vicente de Paul, donde he encontrado la tranquilidad que necesitaba mi alma.

—¡Perdón! ¡perdón!—decía el enfermo con ahogado acento.

—Perdón me pides, ¿sabes tu acaso concederlo? preguntó la hermana con severo ademán

—Es que reconozco mis culpas—replicó el anciano con doliente voz...

—¡También tu hijo las reconoció!

—¡Ay triste de mí—murmuró el anciano, y cayó sobre la almohada cubriendo su rostro mortal palidez.

—¿Qué hé hecho, Dios misericordioso?—dijo la religiosa; y corriendo al lavabo cogió un pomito de sales inglesas que aplicó á la nariz del infeliz paciente.

No tardó este en volver en sí de su desmayo, rompiendo á llorar como un niño, tan luego como vió á sor Magdalena.

—¡Gracias, Dios mío!—dijo la religiosa—¡Se ha salvado! Y extendiendo sus dos manos sobre la cabeza del enfermo, exclamó con respasada y sublime entonación.

—¡Yo te perdono!—y desapareció con rapidez de la habitación.

Aquella crisis provocada por la violenta escancon la religiosa, devolvió al ilustre enfermo, la paz del corazón, y la salud del cuerpo. Sor Magdalena había redimido aquella alma rencorosa y no tardó aquella conciencia, tras el perdón que á su hijo concedió el anciano, en volver á mostrársele blanca y vaporosa como en los primeros días de su infancia.

Maria Alvarez de Sotomayor.
(Prohibida la reproducción).

TIJERETAZOS

No ha hecho más que tomar posesión de su destino el gobernador de Murcia y hacer como que pone la mano en el manubrio electoral y ya le han denunciado al gobierno ante las Cámaras.

Hay hombres que no parecen sino que han nacido en viernes santo.

Por la gracia que tienen para todo, incluso para no pagar al onsero, sin que este se incomode.

En cambio hay otros que parece que nacen destinados á que todo les salga mal y se convierta en su daño.

Sin embargo, ya verán tales como la acusación contra el gobernador de Murcia queda en nada.

«La Dinastía» de Barcelona ha publicado un artículo titulado «Proteccionistas de verdad».

De verdad lo son todos. Solo que unos quieren la protección de sus industrias respectivas y otros la protección general de la industria y el comercio.

Por supuesto; esto último en teoría. Porque dudamos que se pueda poner en práctica con más fidelidad que lo ponen los proteccionistas al dicho aquel de: al prójimo contra una esquina.

¡Habien los corchotaponeros y los productores de vinos.

En Jerez, al pasar por una calle una procesión, se vino abajo un balcón con toda la gente que contenía.

En todas partes irá pasando eso. Si en todas hay balcones como algunos que conocemos que están esperando la ocasión de darle un diágnostico á la gente que les favorezca con su peso.

Y á la que se coloque debajo.

Leemos:

«La mayor miseria á que puede llegar un pueblo es la de sufrir resignado y paciente la ironía del poder y el mayor abismo en que puede caer, no es el del crimen, es el de la indiferencia.»

Pues hay que confesar que hemos caído muy hondos.

Por que no se puede dar más indiferencia de la que ha caído sobre España y domina en los ánimos.

Ciertos periódicos aplauden á rabiar la candidatura silvelista presentada por Madrid.

Es una candidatura de la nobleza. Nada más.

Y como los pergaminos no dan talento ni otras cosas que se necesitan para ser buen concejal, la candidatura silvelista por Madrid puede ser peor que otra cualquiera formada con zapateros, sastres y carpinteros.

Ya veremos si triunfa lo que hace.

NOTAS

Por fin vamos sabiendo la verdad en toda su extensión, de una vez, no á remilones como se nos venía sirviendo hasta ahora.

Lo único cierto es que la insurrección está localizada en Santiago de Cuba, pues los demás chitapazos del incendio, que habian saltado en distintos puntos fueron dominados en seguida.

También es verdad que en la lucha llevan la mejor parte nuestros soldados, que en cuantas ocasiones han tomado parte han quedado victoriosos; pero no lo era que estuviese á punto de terminar la insurrección. Al contrario, en los últimos días ha tomado ciertos caracteres de gravedad que antes